

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 27 de Octubre de 2008

LA BARCA DE CARONTE

CAPÍTULO VIGESIMOSEXTO. DESDE SAORIÓN

Saurión, una mañana de Ursapán, en el año de 4004 después de la fundación.

El profesor Saider se dispone a impartir una de las clases que espera sea de las más útiles para los alumnos de la escuela de estudios históricos de Kapherton, la principal ciudad del país de Yulunga. Los chicos han estudiado buena parte del proceso histórico que enlaza con la actualidad. La asignatura se divide en dos grandes bloques: la Historia antes de la *fundación* y la Historia después de la *fundación*. El hecho de la *fundación* es el que determina la consecución y la contabilidad de los años en el calendario.

Una de las primeras lecciones que el profesor Saider tuvo que impartir a los aspirantes a historiadores fue el hecho en sí de la *fundación*. Efectivamente debió ser un hecho muy importante, pues todo el calendario está trufado de fiestas y celebraciones que tienen que ver con esa eventualidad. El profesor Saider, uno de los pocos sabios y eruditos que merodean por Yulunga trató de hacerles entender la importancia de esa eventualidad, como hecho trascendental que marca el inicio de la era en la que viven:

“La fundación se produjo en el momento en que nuestros ancestros, aquéllos que vivían en un lugar bastante distinto a éste, lograron alcanzar este planeta. El lugar donde se produjo parece corresponderse con Kramphthon, cerca del río Imyurunda. Nuestros antepasados dependían casi exclusivamente de agua, además de oxígeno. La ingeniería genética que ellos nos trajeron en sus ciudades flotantes ha hecho que, con el paso de los siglos, ya nosotros no dependamos ni del agua ni del oxígeno. Como sabéis, aquí abunda el helio en estado gaseoso y el agua escasea. Sin embargo, podemos convertir el metano en líquido fácilmente. De hecho, solo hace muy poco, unos cuatrocientos años, logramos sustituir por completo en nuestro organismo el agua por el metano. Nuestros ancestros, aquéllos que nacieron fuera de nuestro sistema planetario, tardaron unos trescientos años en expandirse a lo largo de todo el planeta, en aquellas ciudades flotantes, ciudades de las que solo conservamos algunos vestigios en nuestro magnífico museo internacional de Kapherton. No sabemos cómo funcionan. Posiblemente sea debido a que aquí no tenemos los elementos de los que obtener la energía necesaria para hacerlos funcionar. O los tenemos, pero aún no hemos logrado descubrirlos. Según los escritos que nos legaron estas gentes, nuestros parientes lejanos, estas ciudades funcionaban con energía nuclear combinada con “energía solar”. A pesar de que en nuestro sistema disponemos de tres estrellas, que en el lenguaje de nuestros primeros antepasados podríamos llamar “soles”, pues Sol no es más que una estrella, quizás ya extinta, a pesar de ello, la luz no nos llega con la intensidad suficiente como para que estas tablas foto-voltaicas de las naves lleguen a funcionar. No se crean aquello de que las ciudades flotantes pertenecían a los dioses. Ellos no eran dioses, así nos lo confirman sus escritos, aunque poseyeran una tecnología que nos hiciera creer eso. Por cierto, aquél planeta, aquél mundo del que llegaron se llamaba La Tierra. Nuestros científicos están muy interesados en la posibilidad de llegar un día hasta allí. Claro que nuestros conocimientos espaciales son muy pobres. Solo tenemos algunas notas que no ardieron en la Guerra de Bolpán. Sin ese conflicto, seguro que podríamos haber enviado una expedición allí, por lo menos para saber si aquél mundo que los nuestros abandonaron, aquel mundo en el que vivimos hace tanto tiempo, ese mundo todavía sigue allí o no.”

El profesor Saider explicó perfectamente a sus alumnos cuál había sido el origen de su cultura y su civilización. Todo: los sistemas de gobierno, de organización social, la economía, incluso los deportes tenían su razón de ser en los escritos, en los libros y materiales que llegaron con *las ciudades flotantes*. Muchos de ellos se perderían para siempre tras el conflicto de Bolpán, una guerra de carácter planetario que acabó con el incendio de algunas de esas *ciudades flotantes*. Durante algunos años, quizá los primeros mil años, la sociedad que se estableció en Saurión se rigió por un severo régimen teocrático donde se adoraba a los descendientes de los primeros pobladores del planeta. La mayoría de las *ciudades flotantes* fueron almacenadas en Kramphthon, quizá la primera ciudad habitada del planeta. Kramphthon se convirtió en un centro de peregrinación a nivel planetario. Los científicos que, probablemente, llegaron dentro de las reliquias que se adoraban nunca pudieron demostrar que aquello que explicaban, apoyándose en los escritos que traían, era cierto. Las condiciones de Saurión eran distintas a las del planeta de donde habían partido. Y la corriente religiosa ganó la partida. Con el paso de los siglos se hizo una amalgama de religiones, todas ellas en base a los textos que decían ser “sagrados” que había en el interior de las ciudades flotantes. Y así, Mahoma, Cristo, Moisés, Buda, Confucio, Zeus, Júpiter, Viracocha, Quezalcóhualt, Kukulkán... todos fueron considerados seres supremos a quienes adorar. Luego se creó la Deidad Veladora irrepresentable e invisible, situada por encima de todos los anteriores en la gran religión planetaria. Claro que, primero, unos países adoraban más a un dios que a otro. Luego, surgieron algunos eruditos que negaban la existencia de dichos dioses. Hubo una serie de revueltas importantes en algunos países donde se logró la laicidad de su sociedad, a pesar de un alto coste de vidas. Cuando el profesor Saider explica en su clase, en Saurión aún permanece el culto a estos dioses, pero es un culto muy pequeño, casero. Las sociedades se secularizaron por completo hacía unos siglos y la religión quedó como resquicio de tiempos antiguos. La religión perdió bastante poder e influencia debido a ese cataclismo cultural que supuso la quema de casi la totalidad de las bibliotecas que había en el interior de las ciudades flotantes durante la Guerra de Bolpán.

Sin embargo, no todo se perdió en el incendio. El profesor Saider sigue con su clase:

“Ya estudiamos el episodio del Caballo de Troya. Este episodio, perteneciente a la Historia antes de la fundación, fue clasificado por la gente del planeta antiguo como un mito griego. El mito, como sabéis, se basa en unos hechos reales que existieron con seguridad (una guerra contra la ciudad de Troya, similar a la que pudo haber en el año 1558 después de la fundación entre Insugor y la ciudad de Traeterus), y apoyándose en ellos se edifica un relato que introduce elementos sobrenaturales e increíbles. Este relato formó parte del Gran Libro de la Deidad Veladora y se leía en los templos, tomándolos como auténticos. Los estudios del profesor Aztelcán nos confirman que, efectivamente como algunos textos de las ciudades flotantes nos indican, el relato es un mito. Pues bien, quiero que recordéis una parte de la historia del Caballo de Troya.”

Recordáis que Laoconte, uno de los consejeros de Troya más sabios, le dice a Príamo, rey de Troya, que no inserte el Caballo en el interior de la ciudad, pues ha profetizado que sobrevendría la destrucción sobre ella. Pues Príamo no le hace ningún caso ni la ciudad, los ciudadanos parece que castigaron a Laoconte (y no como se cuenta en el relato que fueron sus propios hijos quienes lo hicieron). Pues prestad atención a lo que a continuación os voy a contar. Todo se basa en unas investigaciones realizadas en la biblioteca internacional de Kapherton. Yo formo parte del equipo de investigadores que pronto daremos a conocer lo que, en primicia, os voy a contar a vosotros y quiero que incorporéis a vuestros apuntes como un tema más.

Por lo que hemos podido investigar, y los pocos testimonios que han sobrevivido estos 4004 años, los antepasados nuestros tuvieron que huir de aquél lejano planeta del que tanto habéis oído hablar en mis clases y que se tuvo en su día como el lugar a donde después de morir volveremos para siempre. Aquél planeta que era de un azul hermoso, que se podía contemplar desde el exterior de él, lo que nos indica que las ciudades flotantes existieron durante bastante tiempo en el antiguo planeta, como digo, aquél planeta se hizo inhabitable para nuestros antepasados. Tenemos lo que parece ser una fecha, aunque todavía no estamos muy seguros de ello. Sabemos que en aquél planeta, las semanas tenían siete días, y no nueve como en Saurión. Sabemos que tenían doce meses en el año. Nosotros tenemos diez. Pero no logramos aún encajar bien todas las fechas de que disponemos. Aun así, lo estamos estudiando. La fecha en la que parece que se produjo su salida de aquél mundo es el 13 de junio de 2020 después del nacimiento de Cristo. Sabemos que Cristo era la deidad a la que adoraban mayoritariamente, o por lo menos, a la que adoraba quien estableciera aquél calendario internacional. A éste hecho, los testimonios que tenemos se refieren como Apocalipsis. Al parecer, antes de que se produjera la catástrofe de la Guerra de Bolpán, había un relato que se llamaba así y que se correspondía con una serie de relatos sagrados correspondientes a la deidad de Cristo. El término Apocalipsis es griego y sabemos que significa Revelación. Sin embargo, Apocalipsis para nuestros ancestros debió significar algo como “el fin de los tiempos” o el fin del mundo.

Los testimonios nos indican que ese día, se inició una evacuación a contrarreloj del planeta. Se equivocan y se equivocaron aquéllos sacerdotes que presentaban el hecho de la fundación como una misión divina y providencial, como un acto de filantropía y exploración. No. La fundación se produjo como resultado de una huida “con lo puesto” de aquél planeta Tierra. Dicen que los rayos solares mataban a las personas. Que no había ya agua disponible en condiciones salubres. Los incendios acabaron con toda la vegetación. Una grave crisis de su economía les hizo surtirse exclusivamente de los animales para sobrevivir. Cuando acabaron con sus animales domésticos comenzaron la extinción masiva de especies. Por suerte, algunas de ellas, que tenían recluidas en jaulas en unos parques públicos de ocio, lograron introducir las en las ciudades flotantes y traerlas aquí. Como saben, pocas sobrevivieron. Pero, por suerte, su ingeniería genética sobrevivió. Por eso muchos los consideraron dioses durante muchos años. Y parte de la flora y la fauna que actualmente disfrutamos en Saurión es la misma que la que existía en aquella Tierra, aunque modificadas genéticamente para que resistan la climatología de Saurión. Dicen algunos testimonios que algunos “Laocontes”, algunos sabios, algunos científicos llevaban tiempo advirtiéndoles de lo que les podía suceder. Al parecer, agotaron todos los recursos de aquél planeta y peligraron hasta el borde de la extinción. Nosotros formamos parte de esa solución que adoptaron. Y debemos alegrarnos de ello.

Encontramos sin embargo un escrito que no sabemos cómo interpretar. El escrito fue encontrado en un lugar llamado Basilica del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Como sabéis, Jerusalén es como para nosotros Krampton, de donde dimanaron las religiones planetarias. Una de las edades de la Historia antes de la fundación, es decir, una de las edades de La Tierra, se llamó Edad Media. Nosotros la podemos asimilar con nuestra Edad de la Divinidad Veladora, es decir, en esa época, la religión lo impregnaba todo y allí, también hubo fuertes disputas entre los adoradores de unas deidades y otras. El continente que fue el más poderoso de esa época, Europa, adoraba a la deidad de Cristo. En una zona llamada Oriente Medio, en la parte oriental del Mar Mediterráneo, los pueblos adoraban a Mahoma. Al parecer, el líder espiritual de los cristianos, el Papa Urbano II llamó a todos los que profesaban su creencia a luchar contra los que profesaban la otra creencia. Estos dos continentes se enzarzaron en una lucha titánica durante décadas. Como vemos, esto no es propio solo de nuestro planeta. Allí, en el planeta que abandonamos hace tiempo, también nos enzarzábamos en guerras sin sentido.

Los cristianos crearon un cuerpo, un ejército internacional, quizás uno de los primeros en surgir allí, al que luego siguieron otros del mismo estilo. Estos fueron los Caballeros Templarios. Seguían un régimen religioso y militar al mismo tiempo. Y adoptaron su nombre precisamente por el templo que custodiaban, el Templo de Jerusalén y el Santo Sepulcro. La creación de este cuerpo se data en 1118 después del nacimiento de Cristo. Fueron varios quienes la fundaron, pero Hugo de Payns fue su primer Gran Maestre, es decir, su líder. Por algunos de los textos que hemos podido leer en la Biblioteca de las ciudades flotantes, esta orden terminó algunos siglos más tarde condenada por los propios cristianos. Al parecer, habían acumulado un sin fin de riquezas y conocimientos. Riquezas y conocimientos que ni siquiera nuestros antepasados pudieron nunca descifrar.

Algo de ello debió ser cierto. Pero en 1941, en una excavación patrocinada por una universidad de Alemania (el país que inició los dos conflictos de los que más textos disponemos en las ciudades flotantes) se encontró un texto precisamente de uno de los creadores de los Caballeros Templarios. Se llama Juan de Jerusalén. El texto parece situarse en torno a 1118-1150 después del nacimiento de Cristo. Y parece referirse a una profecía, es decir, una adivinación o premonición sobre acontecimientos futuros. Cuando mis compañeros de investigación y yo mismo comenzamos a desgranar el texto no pudimos evitar sobrecogernos. Y aquí enlazo con los acontecimientos que precedieron a la fundación. ¿Por qué un guerrero nueve siglos antes vio lo que a continuación les relataré? Esta pregunta me quita el sueño, sinceramente.

Juan de Jerusalén escribió, en el duodécimo siglo siguiente al nacimiento de Cristo:

**Quando empiece el año mil que sigue al año mil,
Todos sabrán lo que ocurre en todos los lugares de la Tierra.
Se verá al niño cuyos huesos están marcados en la piel,
Y al que tiene los ojos cubiertos de mocas,
Y al que se da caza como a las ratas.
Pero el hombre que lo vea volverá la cabeza
Pues no se preocupará sino de sí mismo.
Dará un puñado de granos como limosnas,
Mientras él dormirá sobre sacos llenos.**

*Los hombres, cuando empiece el año mil que sigue al año mil
Ya no confiarán en la ley de Dios
Querrán guiar su vida como una montura
Querrán elegir a sus hijos en el vientre de sus mujeres
Y matarán a aquéllos que no desee.
Pero, ¿qué será de esos hombres que se creen Dios?*

*Cuando empiece el año mil que sigue al año mil,
El hombre habrá cambiado la faz de La Tierra
Se proclamará señor y soberano de los bosques y las manadas.
Habrá surcado el Sol y el cielo y trazado caminos en los ríos y los mares
Pero la tierra estará desnuda y será estéril.
El aire quemará y el agua será fétida.
La vida se marchitará porque el Hombre agotará las riquezas del mundo.*

*Cuando llegue el año mil que sigue al año mil
La tierra temblará en muchos lugares y las ciudades se hundirán.
Todo lo que se haya construido sin escuchar a los sabios será amenazado y destruido.
El lodo inundará los pueblos y el suelo se hundirá bajo los palacios.*

*Cuando llegue el año mil que sigue al año mil,
El Sol quemará la tierra
El cielo ya no será el velo que protege del fuego,
No será más que una cortina agujereada
Y la luz ardiente consumirá las pieles y los ojos
El mar se alzaré como agua enfurecida
Las ciudades y las riveras quedarán inundadas
Y continentes enteros desaparecerán.
Los hombres se refugiarán en las alturas
Y olvidando lo ocurrido iniciarán la reconstrucción.*

¿De qué tipo de conocimiento se sirvió este caballero para escribir esto? Las leyendas, las profecías, no deben dejarse caer en saco roto. Sin embargo, tampoco se debe hacer de ello una religión. Pero, las advertencias si se emiten tienen un fin: que todo aquello de lo que advierten nunca se llegue a consumir. Si la profecía es terrible, debemos evitar que se cumpla y, hacerla así, fallida. Debemos desenmascarar a los profetas, y para ello, debemos crear unas condiciones que hagan improbable el cumplimiento de todo aquello que dicen. El caso del Caballo de Troya y el de Juan de Jerusalén son dos lecciones que nos legaron nuestros terrícolas antepasados que nosotros, sus sucesores ahora en Saurión, debemos tomar muy en serio.

Y así continúa su clase el profesor Saider, posiblemente un descendiente de alguno de cuantos habéis leído este relato.

ACLARACIÓN DEL AUTOR: El texto de Juan de Jerusalén “el templario” pertenece a uno de los que fueron encontrados durante unas excavaciones en Jerusalén en 1941 realizada por arqueólogos alemanes. Sabemos muy poco de este personaje y por eso se duda de la veracidad y autenticidad de esta profecía. Sin embargo, algunos expertos en los templarios parecen situarlo como uno de los fundadores de la orden. No obstante, el texto expresa una realidad que considero como poco ficticia en los tiempos actuales. Gracias a todos. Víktor.